

CATHLEEN MEDWICK

# TERESA DE JESÚS

UNA MUJER EXTRAORDINARIA

STJ  
500

V CENTENARIO  
DEL NACIMIENTO  
DE SANTA TERESA  
DE JESÚS

*para Volúnci*



MAEVA

# Prólogo

## Mística, poética y práctica: los arquetipos en Teresa de Ávila

Por Pablo d'Ors

 El principal peligro de cualquier biografía es que nos situemos en la clave de la excepcionalidad del biografiado y que, en consecuencia, no leamos como todo buen libro pide ser leído: como una autobiografía secreta. Solemos leer los libros como si fueran las historias de otros o con un mero interés histórico e informativo, pero todo texto creativo –en particular las novelas y biografías– pide ser leído en una perspectiva existencial. Decir existencial es, en el caso que nos ocupa, sinónimo de espiritual. En sucesos y anécdotas distintos a los propios, el verdadero escritor, con el devenir de sus personajes, ayuda al lector a interpretar simbólicamente los episodios de su propia vida. Es así como yo he leído *Teresa de Jesús. Una mujer extraordinaria*, de Cathleen Medwick. Y con esto quiero decir que esta lectura me ha servido para, de algún modo, vérmelas con la escritura de esa grande de nuestras letras que fue Teresa de Ávila. Porque la santa del Carmelo escribe sobre las luces y las sombras, la unión y la separación, la cruz y la luz, y todos estos temas, bien leídos, no son en último término solo los de la mística, sino los de cualquier existencia humana.

La exuberante personalidad de Teresa de Jesús llama la atención porque en medio de los más persistentes y molestos problemas de

salud –como si a medida que su alma progresaba tuviera que deteriorarse su cuerpo– era capaz de hacer largos y penosos viajes por Castilla y Andalucía en mula; porque fue capaz de conseguir que las damas de la alta sociedad de su tiempo legasen sustanciosos donativos a sus conventos y que hombres poderosos defendieran su causa mientras debía hacer frente a la oposición de las autoridades civiles y eclesiásticas y a la más férrea vigilancia de la Inquisición; porque –y quizá sea esto lo más importante– en medio de una experiencia de fe que penetraba en las regiones más íntimas de su carne, y ello hasta el punto de que nunca en la historia de la mística ha podido hablarse como con ella de la paradójica afinidad entre erotismo y misticismo, mantenía, ¡y cómo!, un envidiable sentido práctico de las leyes y de las finanzas. Ante semejante conjugación de capacidades no es de extrañar que su figura haya servido como paradigma para una retórica de la feminidad, convirtiéndose en uno de los más debatidos iconos del feminismo de nuestro tiempo.

Cathleen Medwick, que significativamente toma como punto de partida para su biografía la escultura de la Transverberación de Bernini, acude a las palabras de Teresa misma en su *Libro de la vida*, que no es sino, como ella misma afirma, una versión de sí aceptable para la censura; en *Camino de perfección*, donde esta orgullosa y visionaria «novia de Dios» explica sus voces y visiones y se atreve a enseñar técnicas de oración silenciosa; en su *Libro de las fundaciones*, que da cuenta de la relación de esta negociadora nata con prelados, priores, frailes y confesores, con algunos de los cuales tuvo una intensa vinculación emocional; y, en fin, en *Moradas del castillo interior*, que gracias a las metáforas del alma como huerto y de Dios como maestro hortelano es, sin duda, uno de los mejores tratados que se ha escrito, sino el mejor, sobre el arte de la oración. Este es el punto al que en este prólogo quería llegar.

Desde una mentalidad secular resultará extraño afirmar que la oración –trasunto de este libro– no es un tema más entre otros,

sino el gran tema; esa cuestión más radical en la que se cifra nuestra felicidad o infelicidad. Por eso mismo, quienes creen que el misticismo aleja de las mundanales ocupaciones, lean estas páginas y descubrirán que, lejos de apartarla, a Santa Teresa le condujo a ellas. Sí, difícilmente se encontrará en la historia del cristianismo una figura tan emblemática y representativa de la explosiva combinación entre la mentalidad pragmática y el éxtasis. Pocos santos o santas del abultado santoral católico podrán superar a esta monja andariega en, por un lado, levitaciones, arrobamientos y demás favores divinos y, por el otro, compraventas, citaciones y papeleo jurídico, de los que su vocación de fundadora hizo que fuera experta.

Quizá sea esto, precisamente, lo que más llama la atención de este inolvidable personaje, tan español y tan universal: la fusión de arquetipos tradicionalmente opuestos. Hemos hablado de mística y práctica, pero también podríamos hablar de mística y erótica, o de palabra y acción, pues Teresa fue tan fundadora como escritora. De modo que la legítima ambición espiritual es el quicio desde el que se estructura esta biografía. Solo desde ahí puede entenderse la felicidad de nuestra Teresa en medio de las privaciones propias del rigor de la vida monástica. Porque esta gran personalidad –y esta es la clave–, con sus ojos fijos en el Esposo y consumida por el amor de Dios, abrumada por las gracias que recibía y defensora del consuelo de la religión, no es simplemente una mujer (y ruin, como diría ella) habitada por el sueño romántico de un convento pobre, sino que vivía desde esa tríada que construye a las personas logradas: silencio, palabra y acción. En efecto, esta aventurera que peleó contra los demonios y que afirmaba que Dios estaba entre pucheros, oraba, escribía y fundaba. Escribía como oraba, podríamos decir, llena del ardor de la fe. Pero también oraba como fundaba conventos como avanzadillas del paraíso, al tiempo que ganaba almas para el Cielo. Así que las categorías desde las que entender el núcleo

de este libro son, a mi juicio, al menos, tres: acción, palabra y silencio o, lo que es lo mismo, práctica, poética y mística.

Quizá Teresa podría haberse perdido y su nombre olvidado por la historia, pero en su temperamento socialmente brillante, tenaz hasta la obstinación y consciente de la propia singularidad estaba escrito su destino de gloria. Ella creyó en Dios y, por esa fe, creyó en sí misma. Los favores que recibió de la gracia fueron tan visibles que por fuerza había que aceptar que no era una impostora.

Terminaré diciendo que los grandes santos no entran en categorías, sino que las crean. No hay patrón en que encajar a Francisco, Ignacio, Benito o Teresa, porque Francisco, Ignacio, Benito y Teresa crean su propio patrón. Esta imposibilidad de hermanar a esta mujer con ninguna otra habla de su singularidad, por supuesto, y nos da la clave de su grandeza: la escucha de su conciencia –donde Dios le hablaba– y la obediencia a esa conciencia hasta el final. Esta magnífica biografía demuestra una vez más que los hombres verdaderamente grandes –y estoy pensando en Gandhi o en Charles de Foucauld, en Simone Weil o, evidentemente, en Teresa de Jesús– no se parecen a nadie e inauguran una nueva humanidad.

## Introducción

 En la capilla Cornaro de la iglesia de Santa Maria della Vittoria en Roma hay una obra de arte característica del Barroco<sup>1</sup>. Dentro de un nicho en el altar, sobre una imponente nube de mármol blanco, se halla la figura de una monja que parece desmayada o a punto de perder el conocimiento. Tiene los ojos cerrados y la boca semiabierta de dolor o de éxtasis. El cuerpo, inmóvil. Cerca de ella hay un ángel de serena sonrisa que, con una mano, levanta suavemente los ropajes de la monja y con la otra apunta con un arco y una flecha a su corazón. Los marmóreos caballeros<sup>2</sup> sentados en los reclinatorios a ambos lados del altar parecen conversar sobre este retablo divino mientras, iluminados por detrás por dorados rayos celestiales, la monja y su compañero están transfigurados y silenciosos. El espectador también queda transfigurado: es el efecto deseado por Gian Lorenzo Bernini, el escultor famoso por arrancarle profundas emociones a las piedras.

La protagonista de la obra de Bernini es Santa Teresa de Ávila, o Teresa de Jesús, tal como ella se hizo llamar en su vida religiosa, una mística y reformadora española del siglo XVI. La Iglesia Católica denomina transverberación a lo que muestra el grupo escultórico

de Bernini; se refiere a la visión recurrente de un ángel que Teresa describió en el *Libro de la vida*:

Víale en las manos un dardo de oro largo, y al fin de el hierro me parecía tener un poco de fuego; este me parecía meter en el corazón algunas veces y que me llegaba a las entrañas. Al sacarle, me parecía las llevaba consigo y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios.

En muchas ocasiones, Teresa experimentó un éxtasis o arrobamiento<sup>3</sup> que los místicos describen como la irrupción de lo sagrado en la vida cotidiana. A veces caía al suelo y quedaba paralizada y muda durante horas. Otras veces conversaba directamente con Dios, lo que representaba una práctica peligrosa, ya que a menudo la Inquisición la vigilaba de cerca. Sus superiores, temerosas de una intervención diabólica, le hicieron explicar todas las voces y visiones que experimentaba, así como todos los pecados que podían haberlas engendrado; y así fue como llegó a escribir la *Vida*, que es una de las obras de arte menos conocidas del Renacimiento. La Inquisición se apropió del libro, pero ella siguió escribiendo otros, *Camino de perfección*, el *Libro de las fundaciones*, las *Moradas del castillo interior*, así como obras menores y abundante correspondencia. Su mayor obra, en su opinión, fue la reforma de la orden de las Carmelitas, una empresa que requirió toda su capacidad personal y organizativa.

Lo que supuso un problema para sus contemporáneos y para la gente que se cruzó con su leyenda en los siglos posteriores fue su exuberante personalidad: no solo por su misticismo, sino también por el modo en que instituyó las reformas. Convenció a mujeres ricas y piadosas de que le abrieran los corazones y las puertas de sus mansiones; redactó cartas zalameras a hombres poderosos, incluyendo

al rey Felipe II; obtuvo permiso para establecer sus conventos en ciudades que ya estaban ahítas de esas instituciones. Viajó por Castilla y hasta por Andalucía en mula y en carretas entoldadas, pasó noches en albergues y bajo las estrellas cuando tendría que haber estado segura entre los muros del convento como era su obligación de monja. Provocó críticas por su gran desparpajo y admiración por su determinación: en lo que a Teresa respecta, todo lo que hacía era para mayor gloria de Dios. Tenía un innato sentido práctico de las finanzas y de las leyes y era una hábil negociadora. A veces, en medio de una reunión, la sobrecogía uno de sus arrebatos, algo que ella encontraba molesto y embarazoso. Le pedía a Dios que no le sucediera. (Él accedió.) Era una mística eminentemente práctica.

En los últimos quince años de su vida viajó casi sin parar fundando centros, pese a sus persistentes problemas de salud y a la creciente oposición de las autoridades cívicas y eclesiásticas. Su dedicación a una vida de oración y abnegación hacía que las monjas y frailes normales parecieran complacientes, algo que no le podían perdonar.

Cuando falleció en 1582, aún en plena actividad, se la veneraba amplia y universalmente como a una santa. Puede considerarse un milagro el hecho de que la Iglesia la santificara oficialmente tras años de debate y de procedimientos de canonización. Sus éxtasis fueron un factor determinante, pero no todos opinaron que eran de inspiración divina. Y su práctica de enseñar a las monjas las técnicas de la oración silenciosa, una forma muy privada de devoción, pareció a muchos una actitud subversiva contra la autoridad eclesial. Acaso lo peor fue que, pese a ser mujer y monja, se movía por el mundo con la autoridad de un hombre. No obstante, argumentaron sus partidarios, siempre fue obediente (a su manera) y favoreció los objetivos de la Reforma Católica al revivir los valores espirituales de su orden. Al final la Iglesia dio la aprobación a su vida

y a sus enseñanzas místicas. En 1622 fue canonizada, y en 1970, nombrada Doctora de la Iglesia<sup>4</sup>, la primera mujer que recibía semejante distinción.

Algunas de las personas que conocieron bien a Teresa pudieron haber dudado de su santidad. Sus fallos humanos resultan evidentes en su correspondencia, que está llena de pasión. Aunque los santos no son ángeles<sup>5</sup>, tal como en una ocasión señaló la poeta Phyllis McGinley, un observador actual de los santos podría percatarse de que en general las santas a menudo *parecen* angélicas o, al menos, están más allá del reproche. La santidad no es un género neutral<sup>6</sup>. Un varón puede renunciar a los placeres sensuales, como hizo San Agustín después de una juventud disipada, y ser admirado por su autocontrol. Como una flor en el ojal, su pasado pecaminoso ahora solo resalta su santidad. Por otro lado, una mujer caída —una Santa Magdalena— debe lucir su pecado como una mancha escarlata de ignominia. Salvo en el caso de las viudas, las santas son veneradas por su virginidad, su *integritas* de toda la vida. Asimismo son palmariamente humildes, obedientes y penitentes y rechazan las necesidades de la carne. Se dice que Santa Lucía se arrancó los ojos cuando un pretendiente se los admiró y Santa Catalina de Siena se rasuró los hermosos cabellos. Santa Teresa era más moderada, pero se despachó con un caballero que admiró su pie bien formado diciéndole: «Échele una buena mirada porque es la última vez que lo verá».

Y, sin embargo, encajaba perfectamente en el molde de la santidad. O, mejor dicho, se necesitaron muchos ajustes y apretujones para que encajara. Su historia es ambigua. Aunque era muy devota, en especial en su juventud, como adolescente mostró inclinación por frivolidades como el baile y la vestimenta. De hecho, causaba tan grande impresión con sus mejores galas que con motivo de su beatificación se desempolvó un vestido naranja con bordes

de terciopelo negro que había sido de su propiedad para que formara parte de su leyenda. Después de un peligroso devaneo amoroso, fue enviada a un convento donde contrajo una misteriosa enfermedad que la obligó a regresar a su casa. Temiendo por su alma, finalmente se convenció de que debía ser monja. Sus extraordinarias experiencias con la oración, juntamente con la sorprendente recuperación de la grave enfermedad, pronto la convirtieron en una celebridad local. En la sala del convento durante las horas de visitas, su conversación seria e ingeniosa atraía a las damas de sociedad (y a ciertos hombres) a quienes les gustaba su espiritualidad con estilo.

Aunque trataba de contenerse, su personalidad era arrolladora. Su simpatía, su carácter temperamental, sus ocasionales mezquindades, su sentido del humor, su gusto por la buena comida (hay un tiempo para la penitencia, según ella misma dijo en un famoso comentario, y un tiempo para las perdices), su vinculación emocional con ciertos confesores, todo ello fue pasto para los críticos que lo veían inapropiado en una reformadora en pro de las sandalias de cáñamo, los velos y el silencio en los conventos. Pero a fin de crear oasis de espiritualidad tenía que abrazar el mundo hasta cierto punto. Siempre dijo que su sueño era vivir la reclusión monástica que tanto luchaba por instituir para las demás. Consideraba que la obediencia era la mayor de las virtudes, pero para cumplir las órdenes de Dios a veces tenía que encontrar formas indirectas de obediencia a sus superiores. Sus críticos manifestaron que esto no era más que una tendencia al subterfugio. En cierto sentido, convertirse en santa hizo de ella una mujer honesta.

Muchos de los actuales admiradores de Teresa han sido mujeres, a menudo católicas practicantes o que dejaron de practicar y que ven en ella un modelo para vivir una remozada vida del espíritu o para renovar su fe. También ha tenido sus detractores, por lo general hombres que encuentran poco ortodoxas o claramente

eróticas sus experiencias místicas. «Si este es el amor divino –comentó un lacónico francés del siglo XVIII al contemplar el altar de Bernini–, entonces yo lo conozco bien.» Entre los críticos más elocuentes de Teresa está Francisco de Quevedo, que en su ensayo *Su espada por Santiago*<sup>8</sup> tilda a Teresa de demasiado femenina como para compartir el honor de Santa Patrona de España con el guerrero Santiago Matamoros. Agriamente duda incluso de sus milagros, alegando, por ejemplo, que si de verdad había ayudado a liberar al rey Felipe II del Purgatorio, entonces había cometido un grave error.

En los siglos siguientes su reputación tuvo muchos altibajos, pero en la mayoría de los casos se vio seriamente dañada. Su suerte corrió paralela a la de la misma España, donde fue considerada, al menos por los católicos tradicionales obsesionados por la «pureza» religiosa e incluso racial, como la Santa de la Raza<sup>9</sup>. Los españoles siempre se consideraron un pueblo diferente del resto de Europa, incluso cuando sus gobernantes de la casa de Austria conquistaron gran parte del continente. Este separatismo psíquico tuvo tanto que ver con la geografía (un *cul-de-sac* cultural<sup>10</sup>) como con el peculiar sentido español de un destino nacional trágico y heroico. La Leyenda Negra<sup>11</sup>, la caracterización primero europea y luego norteamericana del carácter español como arrogante, sanguinario y fanáticamente religioso, se basó no solo en las prácticas inquisitoriales, sino también en la opinión que los mismos españoles tenían de sí mismos. La palabra «desesperado»<sup>12</sup>, según señaló Miguel de Unamuno en *El sentido trágico de la vida*, en ese contexto también significa combativo y suicida. Los españoles del siglo XVI, como los de antes y después, eran notablemente orgullosos y apasionados, soñadores que se negaban a deshonorar sus sueños incluso al precio de la muerte. También eran realistas, lo que significa que estaban más dispuestos que otros pueblos a sufrir las consecuencias de sus propios errores. «Nos encontramos –dijo el

historiador Américo Castro— delante de una historia que se afirma y se destruye a sí misma en un canto de cisne tras otro.» Esta tendencia al dramatismo irritaba a los europeos más radicales. «¡Esos españoles, esos españoles!»<sup>13</sup>, se dice que señaló Nietzsche en una ocasión, «esos hombres querían ser demasiado».

Al final la tragedia española<sup>14</sup> solo era humana. La muerte era la verdad desnuda de la que nadie, ni siquiera un rey, podía escapar; y así, el español la abrazaba, algunos dirían morbosamente y otros, estoicamente. El palacio de El Escorial de Felipe II no tiene nada del brillo de Versalles; es un monumento sobrio y una tumba. «Percebimos aquí<sup>15</sup>—escribió José Ortega y Gasset sobre los grandes y lúgubres muros del palacio— la esencia española, la fuente subterránea que ha burbujeado en la historia del pueblo más anormal de Europa.»

Para una civilización con una mentalidad tan tétrica, los santos eran los héroes definitivos. Habían vivido en el mundo, pero vencido sus tentaciones por medio de la piedad heroica que les había hecho ganar la vida eterna. Habían superado la prueba, derrotado al sistema. Incluso sus restos mortales eran sagrados: un mechón de cabello o una astilla de hueso podían mediar con el más allá y ayudar a que un alma consiguiera la salvación. El rey Felipe II tenía una impresionante colección de reliquias de todas partes del mundo, incluyendo un pelo de la barba de Jesús y la cabeza de San Jerónimo (la regia colección se ufanaba de poseer un total de ciento tres cabezas)<sup>16</sup>. Las reliquias eran santidad encarnada, restos de la guerra del espíritu contra la carne.

Dada esta obsesión por la mortalidad, no es de extrañar que Santa Teresa, una campeona en el campo de batalla espiritual, al enfrentarse con la muerte cada día de su vida, al afrontar los terrores del mundo al tiempo que saboreaba las delicias del cielo, llegara a parecer más española que Santiago, que solo había tenido que combatir a los invasores árabes. Como Santa de la Raza, llegó

a ser la representación misma de España, donde la piedad tradicional era asediada por dentro y por fuera. Durante la Guerra Civil de 1936-1939, los fascistas eligieron a Teresa, no a Santiago, como la defensora del reino católico.

La idea de que era una «papista» fanática siempre ha sido monedada corriente en la Europa protestante, en especial en Inglaterra, donde sus ataques místicos son considerados, en el mejor de los casos, de mal gusto. Pero incluso allí tiene sus partidarios, en especial el poeta del siglo XVII Richard Crashaw, cuya barroca interpretación del éxtasis en su ciclo de poemas teresianos aún repele a los lectores puritanos. El aparente delirio del poeta («Por todo tu cuenco lleno hasta los bordes de fiero deseo, / por todo el reino del beso final / que invadió tu alma en su despedida y la selló») daba (y da) la impresión a los racionales británicos de que se trataba de la inevitable consecuencia de un exceso emocional y de mala fe. En un libro titulado *Mysticism and Catholicism* (1925), Hugh E. M. Stutfield afirma que «los protestantes sanos<sup>17</sup> no creen necesario que para ser religioso se tenga que estar en estado de éxtasis perpetuo». Deploraba de la mística católica «sus lóbregos arrullos celestiales, sus éxtasis inexpresables, las inefables caricias amorosas, los abismos de deleite e iluminación, todo ello descrito en un lenguaje igualmente trillado, barato y de suburbio».

Otros mostraron un profundo desacuerdo con este parecer. George Eliot<sup>18</sup>, que hizo de Teresa el personaje central de su novela *Mediados de marzo*, se lamentaba de que no pudiera florecer una Santa Teresa en la represiva sociedad victoriana. Vita Sackville-West, en una obra poco conocida titulada *The Eagle and the Dove*, pensaba que una poderosa personalidad como la de Teresa podía aparecer en cualquier parte. Esperaba borrar de una vez por todas «el prototipo de mujer histérica<sup>19</sup> y emocional, retorciéndose en un frenesí de mórbida devoción a los pies del Crucifijo» (por el que culpaba parcialmente a Richard Crashaw) y reemplazarlo por

la imagen de «la española sana, fuerte, inteligente y llena de sentido de humor», que tenía mucho en común con la mujer independiente de mediados del siglo xx.

En Francia, donde habían arraigado en el siglo xvii las reformas de Teresa gracias a los persistentes esfuerzos de sus partidarios y donde damas beatas como Madame Acarie habían puesto de moda el éxtasis espiritual, los descubrimientos de Jean-Martin de Charcot<sup>20</sup>, director del hospital mental Salpêtrière para mujeres, causaron profunda impresión. Charcot teorizó que las mujeres que manifestaban extremas reacciones religiosas –éxtasis y estigmas, así como enfermedades físicas– en verdad padecían delirios. La histeria, afirmaba, era una enfermedad que se originaba en el útero y a menudo se manifestaba como una excitación religiosa. En su obra de tres volúmenes *Iconographie photographique de la Salpêtrière*, publicada entre 1876 y 1880, Charcot fotografió a pacientes de histeria en poses reseñadas como «estado extático», «beatitud» y «crucifixión». Su propósito era señalar el momento en que la patología encajaba con el fervor religioso, el momento que, según él, Bernini había inmortalizado en la piedra.

Josef Breuer, el colega de Freud y conocedor de la *charcoterie* parisina, apodó a Teresa «la santa patrona de la histeria»<sup>21</sup>, aunque admitía que se trataba de «una mujer de genio y con una gran capacidad práctica» (*Studies on Hysteria*, 1893-1895). Casi un siglo más tarde, Jacques Lacan, el «Freud francés», señaló rotundamente en su ensayo *God and the Jouissance of The Woman* que «solo se tiene que contemplar la estatua de Bernini para entender de inmediato que se está corriendo; no hay duda al respecto». Fue necesaria la opinión de una moderna teórica feminista<sup>22</sup>, Luce Irigaray, para señalar el absurdo de sacar conclusiones de un trozo de mármol esculpido por un hombre.

Las francesas siempre han admirado la fortaleza de Teresa, aunque también lo han hecho ciertos varones, en especial los *décadents* de fines del XIX. «Me asusta esa santa magnífica y terrible»<sup>23</sup>, susurró un personaje llamado Durtal en *En route*, de J. K. Huysmans. «He leído sus obras y, sabes qué, me da una imagen de lirio puro, pero metálico, de hierro forjado...» Cuando el movimiento feminista ganó fuerza a mediados del siglo XX, se oyeron numerosas expresiones a favor de la santa tan vilipendiada. Simone de Beauvoir aplaudió la pura fuerza erótica de la espiritualidad de Teresa. «No es la esclava de sus nervios<sup>24</sup> ni de sus hormonas», anunció De Beauvoir en *El segundo sexo*, y explicó que «se debe admirar [...] la intensidad de una fe que penetraba en las regiones más íntimas de su carne». Lo que había sido el vicio de Teresa se convertía así en su virtud, al menos en ciertos ambientes.

En la última década, Teresa se ha convertido en un icono feminista a ambos lados del Atlántico no solo porque ha llegado a representar el eslabón perdido entre la sexualidad y la espiritualidad femeninas, sino también por su capacidad para funcionar, aunque sea oblicuamente, dentro de una jerarquía dominada por los hombres. Un estudio de 1990 de Alison Weber de la Universidad de Virginia, *Teresa de Ávila and the Rethoric of Femininity*, describe una estrategia verbal de autodegradación que le permitió a Teresa lograr sus objetivos sin hacer peligrar el statu quo. El libro de Carole Slade, *St. Teresa de Ávila: Author of a Heroic Life* (1995), retrata a la santa como una mujer «con un vivo enfoque de las ridículas contradicciones<sup>25</sup> de la vida cotidiana», quien, por medio de su *Vida*, construye una versión de sí misma aceptable para la Inquisición. Desde este punto de vista, la monja de Ávila parece sorprendentemente moderna, una mujer racional que vive la vida en sus propios términos. Parece familiar y accesible, como lo ha sido en cada siglo y en cada país que la ha mirado con ojo crítico.

Al mismo tiempo sigue siendo una española con opiniones del siglo xvi sobre el mundo y sobre Dios. Cree en fuerzas sobrenaturales que no puede controlar, pero que acaso pueda influenciar. Confía en su propia capacidad, pero solo porque Dios (y no el demonio) se la ha concedido. Es una hija de su iglesia deliberadamente al servicio de aquellos que la reconocen como un alma gemela. Al igual que otros personajes religiosos del pasado remoto, tiene un aura de intangibilidad; sale a la superficie con cada traducción de su obra o con cada nueva biografía, pero luego retrocede una vez más detrás de los muros del convento al que pertenece.

Este libro es un intento de contemplar a la santa mientras ella hace su travesía por el siglo xx. La escritora, de religión judía y no católica, no tiene otra intención que verla tal cual era, un alma en progreso hacia un objetivo muy específico y escurridizo. Como monja española, Teresa solo tenía una legítima dirección en la vida: el verdadero norte de los santos. Sabía que su pecaminosa naturaleza humana intentaría desviarla de su camino en todo momento y que solo la fe, calibrada con la gracia, la podría volver a encaminar hacia Dios. Este libro intenta seguirla en un viaje que, con todos sus inesperados desvíos, fue al mismo tiempo tan maravilloso y terrible como cualquier viaje oceánico a través de aguas inexploradas.

## Primeras opiniones

 En el verano de 1583, Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, provincial de los Carmelitas Descalzos y amigo íntimo de Teresa de Jesús, llegó al convento de Alba de Tormes, donde la fundadora había fallecido el otoño anterior y se la había sepultado rápidamente y –según algunos– sin demasiadas ceremonias. Teresa, enferma y de sesenta y siete años, había viajado al convento por insistencia de una de sus patrocinadoras, la duquesa de Alba, cuya nuera estaba a punto de dar a luz. Un acontecimiento de esa naturaleza quedaría realizado por la presencia de la famosa monja. Las hermanas, que sabían que el estado de salud de su huésped era grave, habían preparado entusiastas una cama para ella con vista al claustro. Teresa recibió todos sus cuidados. No podía pronunciar palabra sin que la repitieran por todo el convento. Consagraron su agonía a la memoria: si realmente era una santa, eso se haría evidente por su forma de morir y por los acontecimientos posteriores.

Casi todos los testigos coinciden en que murió recitando el *Miserere* y pidiendo perdón por sus pecados. Poco después, un inexplicable olor dulzón<sup>1</sup> se extendió por todo el convento; solo una monja con sinusitis no pudo olerlo. Una luz hermosa colmó la habitación; alguien vio volar una paloma al lado de la cama. En el

claustro floreció un árbol seco. Una monja moribunda se reanimó. No hizo falta nada más para convencer a la beata de Alba de que tenían una santa en sus manos. Teresa fue enterrada allí mismo, apenas hubo tiempo para los ceremoniales, de modo que sus restos bendijeran el convento para siempre. La vistieron con un hábito nuevo y la cubrieron con un hermoso paño mortuorio de brocado de seda. La engalanaron con primor (y aunque le cubrieron el rostro con un simple velo carmelita, todavía se le podía besar el pie de «alabastro»), luego la pusieron en un simple cajón de pino y la enterraron en una tumba profunda bajo un arco de la capilla. Se llamó a albañiles para que sellaran la tumba con piedras, ladrillos y argamasa haciéndola virtualmente impenetrable.

Pero Gracián no pensaba desistir. Su plan secreto, urdido con funcionarios de Ávila, la ciudad natal de Teresa, era llevarse el cuerpo hasta allí. Las monjas de Alba, ignorantes de sus intenciones, le rogaron que la exhumara. Si Teresa era una santa, esa era la única forma de constatarlo de verdad. A medida que los operarios abrían un boquete, subía el típico olor dulzón como de azucenas. Sería el olor de la santidad. Mientras se retiraba el cadáver, el grupo pudo ver que estaba intacto aunque cubierto de lodo y de moho. (La tapa del ataúd se había deteriorado durante el entierro.) Por tanto, el cuerpo era, en terminología de la iglesia, incorruptible. Gracián y los demás la llevaron con cuidado a una cama para examinarla. Francisco de Ribera, que sería el primer biógrafo de Teresa, tomó notas, al igual que Gracián. No estaba perfectamente conservada, anotó el primero, que se retiró a otra habitación mientras la desvestían y la cubrían con una sábana. Cuando regresó, le sorprendió ver lo firmes y plenos que estaban los pechos. Luego sacó la sierra. Le seccionó la mano izquierda que de todos los trozos de la carne recién desenterrada y destinada a viajar lejos era lo más preciado: se decía que curaba los celos y la indigestión. Más tarde, Gracián depositó la mano en Ávila y se guardó para sí el dedo meñique.

Tuvo que dejar los restos en Alba..., por el momento. Pero él y los demás continuaron batallando por el preciado cadáver. Teresa fue desenterrada cinco veces y siempre desapareció algún que otro trozo: un pie, un ojo, una clavícula. Su dañado corazón (en el que algunos peregrinos ven señales de ser obra de un ángel) se expone en una ornada caja de relicarios en Alba. Su pie derecho y la mandíbula residen en Roma, un trozo de mejilla, en Madrid. Otros trozos viajaron a Bruselas, París y México. Un dedo completo con anillos es una de las grandes atracciones de San José de Ávila, la primera de las diecisiete fundaciones de Teresa. La mano izquierda prosiguió su extravagante itinerario: el generalísimo Francisco Franco la conservó a su lado hasta su muerte.

Con la bendición de las Carmelitas Descalzas de Ávila, Gracián regresó a Alba en 1585. Consoló a las hermanas de Alba regalándoles un brazo —«tan fácil de trozar como un queso», dijo Gregorio Nacianceno, el cura que realizó a desgana la operación—; posteriormente la delegación de Gracián desapareció con el cadáver ahora un tanto hinchado, pero aún casi entero y fragante, rumbo al convento de San José. Al conocer la noticia, la duquesa de Alba quedó desconsolada y el duque, hecho una fiera. Advirtiendo a las monjas que defendieran el brazo con sus vidas, el poderoso duque llevó sus quejas al mismo papa y Teresa volvió a Alba, donde ya permaneció (pese a unas cuantas exhumaciones más). Ribera la volvió a ver en 1588. Escribió que cuando se levantaba el cuerpo, bastaba con empujarlo con una mano para que quedara erguido, y que se la podía vestir y desvestir como si estuviera viva. Aún se veían tres pequeños lunares en la cara.

Una mujer que se pasó la vida vigilada y reverenciada y que su muerte fue observada e idolatrada ha sido diseccionada por más de un admirador. No se puede culpar a Gracián de la tosca cirugía. Él solo estaba facilitando la transfiguración de Teresa de mujer a santa.

(El gesto más revelador fue su apropiación del meñique que siempre llevaba consigo. Le fue robado en los años de 1590 cuando cayó en manos de unos piratas en Barbados, pero luego él mismo se lo compró.) El impulso a reclamar un trozo de divinidad es altamente poderoso, y desde el principio de la historia post mórtem de Teresa, la gente le quitaba lo que necesitaba para afirmar su santidad y para acercarse lo suficiente como para ver por sí misma lo sagrado de su carne y de sus huesos. Así, María de San José y María de San Jerónimo, dos carmelitas que la habían conocido bien, dieron testimonio para la posteridad de la aparición de Teresa, extrayendo así a la santa de su ser corporal. El jesuita Ribera<sup>2</sup>, al describirla en su biografía de 1590, la volvió a fraccionar mostrando sus idealizadas características a la luz de las creencias del siglo XVI.

La versión oficial<sup>3</sup> fue la siguiente. Ella tenía una piel clara y casi traslúcida; los cabellos eran negros y brillantes. Tenía ojos redondos, negros y resplandecientes con cejas oscuras y rojizas. La nariz estaba bien ubicada, ni demasiado larga ni demasiado aplanada y apenas inclinada hacia abajo. El labio superior era fino y delicado; el inferior, pleno y ligeramente caído. Teresa tenía tres lunares estratégicamente situados que le proporcionaban cierto interés a la cara (los mismos lunares que aún se veían seis años después de su muerte). Era más rolliza que flaca, más alta que baja. Tenía manos pequeñas y elegantes, pies bien proporcionados tan admirados en vida como cuando sobresalían de la lujosa mortaja después de muerta.

Sus contemporáneos, que leían estas particularidades como si de un mapa se tratara, coincidían en que su rostro era perfectamente simétrico y eso la hacía parecer siempre joven, incluso cuando se comportaba con total seriedad. Tenía un aire persuasivo y bondadoso, pero sus gruesas cejas sugerían firmeza y moderación. La cabeza descansaba cómodamente sobre un cuello corto y recto, lo que le daba una apariencia de arrojo y confianza. Era

naturalmente robusta y parecía saludable pese a sus frecuentes enfermedades.

Teresa posó para un retrato en 1576 cuando tenía sesenta y un años. El pintor se llamaba Juan de la Miseria y la retrató como a una monja impassible y vigilante, nada propensa a que la llevara por delante una bola de fuego, mucho menos la espada de un ángel. El retrato pone de manifiesto sus facciones, salvo el cabello negro oculto bajo la toca monjil: las pobladas cejas, los ojos redondos, los tres lunares, el labio inferior henchido, pero todas ellas carentes de belleza. (Cuando veía el retrato, Teresa clamaba que Dios perdona-se al pintor que la había retratado con cara de bruja dormida.) Esta imagen, o alguna parecida, es la que adorna muchas de las publicaciones y de los *souvenirs* a la venta en Ávila, donde la santa es la gran atracción de la industria turística. En 1982, con motivo del cuarto centenario de su muerte, que en España se celebró con convocatorias académicas y una miniserie televisiva, un admirador podía adquirir una televisión de plástico que se encendía mostrando una panorámica de la ciudad de Ávila y una imagen de la impenetrable santa de fray Juan.

Bernini dio al mundo una santa mística de mármol que sufre un desvanecimiento divino. Tiene una peculiaridad reconocible, el delicado pie que pende por debajo del hábito hecho un lío. Los ojos cerrados son una rareza; más normal es que la santa examine lo que realmente ve delante de ella: un querubín, una paloma sagrada que desciende, el libro de su propia vida. A veces escribe, pero sin mirar el papel. (Siempre dijo que Dios le dictaba.) Un retrato atribuido a Diego Velázquez la muestra con un libro en su larga mano, mientras la otra balancea una pluma como si fuera una taza de té, y los inteligentes ojos de la santa estudian la luz divina que se refleja en su rostro.

En casi todas las imágenes existentes, Teresa aparece como una mujer alerta que se mantiene íntegra, incluso en éxtasis. Tal como



Retrato de Santa Teresa a los sesenta y un años, obra de Juan de la Miseria.

señala el crítico de arte Irving Lavin en *Bernini and the Unity of the Visual Arts*, Teresa a veces es mostrada retrocediendo como si la golpearan en el pecho. Pero la visceral imagen<sup>4</sup> escultórica de una mujer cuyo cuerpo «parece contraerse violentamente en el estómago en una especie de paroxismo del plexo solar» era algo nuevo. O recordaba algo antiguo: el profundo malestar que causaban los éxtasis de Teresa entre sus contemporáneos menos ambiciosos espiritualmente.

Era y sigue siendo difícil reconciliar a la desvaneciente mística de Bernini con la dama de hierro de fray Juan, una pragmática que fundó diecisiete conventos y era adepta a encontrar a Dios en la cocina entre los cacharros y «los pucheros» (palabras textuales), así como en el altar. A Teresa le gustaba verse en la distancia y se refería lacónicamente a sí misma como «esa santa». Sus éxtasis la impacientaban y nunca propició comportamientos embelesados entre sus monjas; les sugería que hallasen ocupaciones más útiles.

Se mostraba totalmente de acuerdo con sus contemporáneos en que las mujeres tendían a excesos emocionales, y confesó ser «flaca y ruin», una típica fémina sin ningún valor. Hasta hace muy poco, sus admiradores se hacían eco del juicio de la iglesia, según el cual ella triunfó sobre sus enemigos y su propia debilidad carnal porque su espíritu era *varonil*. La Bula de Canonización del Papa Gregorio XV la elogiaba por dominar su naturaleza femenina, un piropo que a ella le habría gustado. Pero aun así las conflictivas imágenes de Teresa ponen en entredicho su carácter. ¿Era heroica o histriónica? ¿Una santa encasquetada en la coraza de la humildad o una mujer inestable, perturbada e impulsada por los ardores de su fe?

# Capítulo 1

## EXPEDICIONES

 Teresa de Ahumada inició el primero de sus numerosos viajes a la edad de siete años. Algo poco habitual en una niña castellana y rica de 1522. Vivía en Ávila, una ciudad de muros y más muros: antiguas murallas construidas para defenderse de los invasores moros que venían de los campos áridos y barridos por el viento; muros de iglesias y monasterios erigidos como baluartes de la fe, y las fachadas de las casas diseñadas para mantener alejados a los forasteros y bien guardados a los miembros de la familia (en especial, a las mujeres). Teresa, como cualquier otra niña, pasó casi toda su infancia en una fortaleza doméstica que parecía inexpugnable desde la calle, pero que se abría a los patios interiores. Allí jugaba con sus hermanos y con un selecto grupo de parientes cuyas visitas eran consentidas por su padre. Bien acompañada, se aventuraba afuera para asistir a misa y a las festividades públicas, pero pasaba la mayor parte del tiempo en casa con su madre, quien se ocupaba de un hogar lleno de niños y de criados. Si le enseñaban a leer, una niña podía ocupar las largas tardes con el *Flos Sanctorum*, una popular adaptación de las vidas de los santos.

La jovencita Teresa tenía otros planes basados en ilusiones que en aquellos tiempos parecían realistas. La religión le había enseñado



Detalle de una obra anónima del siglo xviii de Teresa y su hermano a la busca del martirio en «tierra de moros».

que la vida terrenal solo era una prueba: si era casta y virtuosa, algún día podría ascender al cielo; si era desvergonzada y pecadora, descendería al infierno. Esa era la verdad y ella no conocía a nadie que la cuestionara. Al ser una niña pragmática y emprendedora, Teresa pensó que acaso podía encontrar una manera de evitar los prolegómenos. Pensó en Santa Catalina retorciéndose de dolor en la rueda, en San Lorenzo ardiendo lentamente en la parrilla y, sobre todo, en Vicente, Cristeta y Sabina, los niños mártires de Ávila que en tiempos romanos habían aguantado golpe tras golpe de sus torturadores paganos por negarse a adorar los ídolos. La bellísima

basílica de San Vicente, justo fuera de los muros de la ciudad, había sido edificada en su honor. Esos mártires, todos piadosos oportunistas (exactamente como la misma Teresa), se habían ganado el cielo con su propia sangre. A una niña con dotes para los negocios le pareció que era un precio justo que pagar.

Sabía que el mundo no era más que una ilusión. *La vida es sueño*<sup>1</sup> eran palabras archisabidas por todos los castellanos, jóvenes y viejos. Pero el cielo, como susurraba ella a su hermano de once años, Rodrigo, mientras leían historias edificantes en la biblioteca de su padre, era «para siempre, siempre». Si podían llegar a tierra de moros (que Teresa pensaba que estaba en algún sitio más allá de la traicionera sierra de Ávila), podían derramar la sangre en honor de Dios. Teresa y su hermano irrumpirían entre los infieles proclamándose cristianos y ellos les rebanarían rápidamente las cabezas. A partir de ese instante lo único que les podía pasar era ascender al cielo.

Rodrigo estaba de acuerdo; en realidad, no tenía otra opción. Así que un día Teresa, tras poner un puñado de pasas en un pañuelo, cogió al dócil niño de la mano y lo condujo a la gloria. Saliendo de la casa de madrugada, se apresuraron por las estrechas calles adoquinadas, finalmente traspasaron la puerta y el puente Adaja, el mismo que, siglos antes, habían cruzado los sesenta valientes caballeros de Ávila que salieron por la Puerta de Malaventura para caer como rehenes y cuyas cabezas fueron hervidas en aceite. Al salir solos de aquella inviolable fortaleza de ciudad, los niños debieron de sentir su pequeñez debajo de los vastos cielos abiertos. Probablemente Rodrigo se aterró. Teresa, quien solo temía la condenación, debió de sentir un enorme júbilo al ver el paisaje infinito. Por delante aparecían valles con blancas elevaciones que podían haber caído de la luna y, más allá, las montañas distantes donde moros y cristianos habían cruzado sus espadas mucho tiempo atrás.